

UMBERTO EL GRANDE

José Agustín Goytisolo

Era amable, un poco gordito, muy nervioso, estatura media tirando a bajo; su voz tenía -y tiene- modulaciones esporádicas de timbre y tono como pasando de contralto a soprano; vestía correctamente, sin exagerar; y gustaba de la buena comida y del ya no tan bueno, pero sí famoso -quién sabrá el porqué- vino italiano, pues su microeconomía personal de entonces no le permitía acudir a caldos mejores; se frotaba las manos antes de hablar y de comer; jugaba con sus gafas -ahora me las quito teatralmente con una sola mano, ahora me las limpio usando mi pañuelo de hierbas siciliano, naturalmente diseñado y fabricado en Milán, ahora me las pongo mientras miro hacia el infinito por encima de las cabezas de los que me escuchan, ahora las lanzo, categórico, sobre la mesa-. En fin, parecía -y parece- un jesuita posconciliar, de esos con compañera y gastos pagos. Yo creo que la Iglesia Católica tenía puestas muchas esperanzas en el joven Umberto Eco.

Siempre me cayó bien. Se sabía administrar, era su propio manager. Le conocí a finales de los años cincuenta, en Milán. Se acercaba a la librería de Aldobrandi, la de i compagni: Elio Vittorini, el novelista italiano más norteamericанизado -literariamente, se entiende, después de Cesare Pavese- elegante y hermoso como un tribuno de la plebe del siempre decadente Imperio Romano; Rossana Rossanda, la más bella e inteligente responsable cultural de cualquiera de los partidos comunistas que hayan existido en el mundo y que puedan, milagrosamente, existir, de ahora en adelante; Mario Spinella, frailuno, deprimido, duro como un pro-afgano... Pero estaba claro que aquella tertulia entre libros ortodoxos le venía de paso a Umberto Eco, que ya andaba buscando construir su propio nido en su propio árbol.

Frecuentaba también a los arquitectos y diseñadores de punta, como Vittorio Gregotti, y teorizaba con y para ellos, sin dejar de mirar de reojo las piernas de sus sofisticadas mujeres. ¡Ah, sus citas en griego y en latín, sus frases en alemán, francés o inglés! ¡Oh, y como enamoraba a las muchachas jóvenes y no tan jóvenes!

Me fui enterando, a través de sus novias, de dónde procedía el muchacho, y digo muchacho porque es cuatro años jóven que yo, el muy miserable. Era piamontés, quizás con sangre de algún etrusco de Arretium, escapado al norte, y seguramente mezclado de antiguo ligur, de bizantino, de saboyano, que vale decir francés, nacido y criado en Alessandria, entre latines y culto a Cavour, cocinado a fuego lento, del infierno sería, pero bien macerado antes en vino de Monferrato.

Cuando le conocí había publicado El problema estético en Santo Tomás, un brillante cum laude arreglo de su tesis doctoral, y Desarrollo de la estética medieval, fruto de sus años de estudios de Filosofía en la Universidad de Turín. Ejercía de crítico literario y de ensayista de lo que fuese en muchas publicaciones y en algún diario, preparaba ya su salto a la semiología, interesado como estaba en los sistemas de significación y procesos de comunicación.

Yo vi cómo pre-cocinaba (siempre que pienso en Umberto Eco le asocío a un religioso cocinero, acosado por la gula y por la lujuria), dos de sus primeros éxitos. Uno de ellos fue su libro Opera aperta, creo que en 1962; no me extiendo en glosar tal publicación, es muy conocida y además no me gustó demasiado entonces, y menos me gusta ahora: es un juego de manos de Eco, que propone otro juego viejo con aires relativamente nuevos: una obra literaria ha de tener múltiples lecturas, ha de estar abierta a distintas opciones e interpretaciones, tantas como lectores y más aún, tantas como desee el lector, etc, etc. Vaya por dios. Prefiero La hora del lector, de Castellet, con menos apoyaturas, y más modosita y edificante para nuestros berzas de aquella época, que no eran pocos. A propósito: escribí, y publiqué, por entonces, un poema titulado Requiem aperto para Umberto Eco, canto funeral adaptable a tiempo, lugar y circunstancias de su muerte. Le gustó, claro que sí, pues conocía mi avieso cariño hacia él.

Otro de sus éxitos, cuyo nacimiento también presencie, fue la formación de una Antología de poetas que le eran más o menos afines; alguno de notable calidad, a los que llamó el Gruppo 63 : Edoardo Sanguineti, Antonio Porta, Furio Colombo, Nanni Balestrini, Alfredo Giuliani... Sanguineti y Balestrini eran los mejores pura sangre de su cuadra, y la cosa fue bien, es decir, en nada parecida a la operación posterior de uno de sus mediocres caballos emancipados, que produjo I Novissimi, preludio italiano fracasado de un fracaso aquí, en nuestros pagos, llamado Nueve Novísimos; el fracaso español no se debe

al antólogo, al que engañaron y le vendieron una moto, pues los nueve novísimos, <sup>que</sup> eran diez y salieron nueve por cuestiones sentimentales, ahora quedan dos y medio y un Académico; si Jaime Gil de Biedma hubiese podido intervenir, como hizo en anterior Antología, eso no habría sucedido. Por otra parte, pienso que es un error autotitularse o dejarse llamar novísimo, pues pronto se deja de serlo, sobre todo si no se ofrece nada nuevo y sí un refrito parnasiano y modernista, de un modernismo, salvando las distancias, a lo Rubén Darío, los Machado, Valle-Inclán o el primer Juan Ramón Jiménez; total, que a los ya viejos novísimos pronto les salieron los posmodernos, empujándoles por detrás, y ahora ya hay buenos poetas que empujan por detrás a los posmodernos. La vida.

Sigo con mi "giesuita prohibito" (me refiero al segundo, a Eco, no al ingenuo y desgraciado padre Teilhard de Chardin -al que tanto admiraba mi padre- que estrenó el mote por querer casar el evolucionismo darwiniano con la doctrina católica más tenebrosa y preconciliar). Siguió publicando, el pajaro: Apocalípticos e integrados, La estructura ausente, La forma y el contenido, El signo, Tratado de semiótica e così via...

Saltaba de Milán a París -sería por visitar a Julia Kristeva, la preciosa reina de "los recursos de la lengua"-, de Turín a Barcelona, de Florencia a la Costa Oeste de USA, y daba conferencias, impartía cursos, participaba en charlas, coloquios y mesas redondas sobre dios y su madre, y era ya Catedrático de Semiótica en la Universidad de Bolonia. Coincidí con él aquí, en Italia y en lugares que no sitúo. Elegía mejor sus corbatas, camisas, trajes y abrigos; bebía buenos vinos franceses y había eliminado el acento de su dialecto piamontés e incluso sus palabras, que antes soltaba cuando estaba entre amigos. ¡Ah, qué lástima no escucharle decir ya parler, pe, martel, arsignel, fiur o sarvel, por "parlare", "piede", "martello", "üsignuolo", "flore" o "cervello" !

Alguno de mis amigos barceloneses, que le empezaron a tratar en esa su, llamémosla, segunda época, o la era del comienzo de su esplendor, en España, claro, decían que les recordaba a Pedro Gimferrer, más viejo y menos grueso y alto, claro, pero también con voz atiplada y ademanes eclesiásticos.... No sé si conocen ustedes a los catalaúnicos de mi edad, y aún a algunos más jóvenes, que lo comparan todo con productos vernáculos, y que son unos maledicentes y envidiosos, sobre todos Juan Marsé. Bien, un Gimferrer sería, para ellos,

pero un Gimferrer salido de madre, que fumase tanto como yo, que bebiere más que Carlos Barral en sus mejores tiempos, y que tuviese más éxito con las mujeres que el que siempre tuvo Alfonso Costafreda mientras vivió, y aún después de muerto.

En fin, pasan algunos años y ya llegamos al Umberto Eco novelista. ¡Madre mía, la que armó en 1980 con El nombre de la rosa! ¡Un best-seller muy bien escrito, y por un hombre inteligente, divertido y culto que proclamaba, a cada rato, que él sólo escribía para lectores inteligentes, sólo para para lectores inteligentes! ¡Y quién no quería serlo, quién quería pasar por tonto? Las ediciones y traducciones se sucedieron a un ritmo de vértigo, se hizo la película, todo ser humano quería pasear con su novio llevando en la mano, ostensiblemente, El nombre de la rosa, o esperar al amante de turno en la cama y con la tal novela sobre la mesita de noche. Y Umberto, más agudo, más disparado, rápido y desconcertante que nunca, clamaba en Universidades y salones de la inteligentsia : "Recuperemos la lengua adánica, que se perdió en Babel!", cambiando a Adán por Eva, en el Paraíso, cuando se apercibía de que, en ocasiones, su público era mayormente del sector femenino; citaba luego a nuestro Ramon Llull, a Leibniz, a Wittgenstein y también, últimamente, -está a la que salta- a Stephen W. Hawking, y azuzaba a sus huestes, con un cómplice "nosotros": "Busquemos hasta encontrar lenguajes interplanetarios!" Y tal joya <sup>de novela</sup> se la llevó, por lista y sin pasar aduanas ni pagar portazgos, y la publicó aquí, Esther Tusquets, en Iumen.

Y ahora, muy pronto, la bomba que ya ha explotado en Italia y en parte del planeta tierra, nos va a caer aquí: El péndulo de Foucault, su segunda novela que, de salida, vendió en Italia 300.000 ejemplares.

Y luego, el diluvio; pues sigue teniendo suerte, o se la fabrica: Fernando Salsano, anatematizó en L'Osservatore Romano: la novela es "bufonada, profanación, desacralización y ofensa; ¡No hagais eco a Eco!" Después de tales afirmaciones caritativas, admonitorias y brillantes, y de rubricar su escrito el tal Salsano, no sin antes "llamar a una Cruzada contra ese tipo, y <sup>contra</sup> ese tipo de literatura", Bompiani, el editor de Umberto Eco, se acabó de forrar sus trajes y abrigos y hasta su ropa interior con pieles de zorro plateado, nutria y visón. Y tanto es así que, al ver la furiosa reacción adquisitiva de que hicieron gala los descreídos lectores italianos frente a la genial opinión del Órgano Oficial del Vaticano, ya no ha faltado quien sos-

peche que Umberto Eco pactó un sabroso porcentaje sobre el aumento en las ventas de El péndulo de Foucault, con el antedicho Salsano, o con Marcinkus o con el mismísimo Papa Juan Pablo II, que el Vaticano aplicaría para enderezar sus maltrechas finanzas después del descabro del Banco Ambrosiano, o bien para predicar el cese de la violencia/ y mas resignacion a/ <sup>les</sup> Los oprimidos para con quienes/ someten a una cautelar/ suave y necesaria/ violencia institucional, velando por sus almas. Sería hermoso si fuese cierto.

Pero lo que sí es cierto es que Ricardo Pochtar está acabando la traducción castellana de El péndulo de Foucault, que editan en España, conjuntamente, Bompiani y Editorial Lumen. ( ;Ay, Esther Tusquets, me alegro por ti, que te mereces esto y mucho más, y también por mí, pues si ganas bien te podré pedir dos cosas: una, que reedites alguno de los siete libros míos que ya has publicado y que se agotaron, causando la desesperación de mis lectoras, que me siguen y buscan con desmedido amor; y otra, que publique de repente mis libros Claridad, Algo sucede y Bajo tolerancia, agotados también en otras editoriales de clara recordación, pero que pasaron a mejor vida, <sup>libros</sup> que están a la espera de acompañar a sus siete hermanos, que tan orgullosos viven al sentirse cobijados bajo tus faldas)

Cierro con una noticia, para mí, de última hora: una encuesta, dicen que de fiar, realizada en Italia por un instituto de opinión controlado por una multinacional con capital mayoritariamente japonés y kuwaití, arroja los siguientes resultados, referidos a las personas que han adquirido El péndulo de Foucault: sólo un 12 % de ellas aseguran por sus muertos que lo han leído entero; un 46 % declaran que lo están empezando a leer; un 31 % juran que lo leerán cuando tengan tiempo; y el resto, no saben, no contestan qué han hecho con el libro.

Atentos, pues: ya llega Umberto Eco otra vez a España. Madres, encerrad a vuestras hijas mayores de doce años sin darles explicación alguna; novios, maridos y compañeros de muchachas emancipadas o sin emancipar: sacadlas de Madrid y Barcelona y llevadlas a que hagan vida sana en el campo, y así todo andará bien para vosotros.

Termino, como en un pasodoble: ;Umberto, eres el más grande! Llámame, te quiero mucho, y cenamos juntos un día de estos, en cualquier país, en cualquier ciudad, y en cualquier restaurante de cinco tenedores, por supuesto.